SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR
MISA DE MEDIANOCHE
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
25 de Diciembre de 2016
Is 9, 1-6; Tit 2, 11-14; Lc 2, 1-14

No había sitio para ellos en la posada. No había lugar para ellos, dicen algunas versiones antiguas. ¿Por qué debe ser, hermanos y hermanas? Una posibilidad es que el hostal estuviera lleno y ya no cupiera nadie más; cosa un poco extraña, porque no hay que imaginar un hostal como los de hoy sino que era, al parecer, un "caravanseral", un lugar de acogida de caravanas donde no solía haber habitaciones individuales, sino salas comunes y espacios para las mercancías y las bestias de carga o los animales de montar. Quizás *no había sitio* porque se les veía gente sencilla y los hosteleros pensaban que no habrían podido ofrecer nada a cambio de la hospitalidad. Quizá porque el ambiente, que a veces era frívolo, se hacía poco recomendable. Quizás porque no era adecuado que María, *a la que le llegó el tiempo del parto*, diera a luz en medio de la gente. Las posibles razones pueden ser múltiples, pero lo cierto es que Jesús empieza a no encontrar acogida ya desde su nacimiento. Salvo la de María y José, portadores humildes y alegres de un misterio de amor a favor de la humanidad.

Jesús, al nacer, es puesto en un *pesebre*. Podría ser el de los establos de la casa de acogida. Un *pesebre* con paja para lecho y envuelto en los pañales que le ha preparado su madre. Nace ignorado del gran mundo, ignorado del pueblo al que ha sido enviado. Pero no ignorado del Padre del cielo que lo envía y que, tal como hemos cantado en el salmo durante la vigilia, le dice en la intimidad del diálogo divino: *tú eres mi hijo, hoy te he engendrado* (Sal 2, 7). Y, según decía el Evangelio, tampoco pasa desapercibido a la mirada llena de estupor de los ángeles al ver al Hijo de Dios en la simplicidad de un bebé y puesto en aquellas condiciones; un estupor que se hace más grande aún si tenemos presente lo que afirma la carta a los Hebreos: cuando Dios presenta al mundo al primogénito, dice: "*que se postraron delante de él todos los ángeles de Dios*" (Hb 1, 5-6). Se postran y, tal como hemos oído en el Evangelio, cantan un himno: *gloria a Dios en el cielo* y proclaman la *paz en la tierra* para la humanidad que es tan querida del Señor.

Todo en el nacimiento de Jesús es revelación de Dios, de su manera de ser, de su amor entrañable que en esta noche santa se manifiesta en la simplicidad de un niño acostado en un pesebre e ignorado de todos. Ignorado de todos hasta que *unos pastores* reciben el anuncio de *una buena noticia que será de gran alegría* para todo el mundo. Este anuncio a los pastores, que nos ha proclamado también el Evangelio, está, todavía, en la línea de la simplicidad y de la predilección divina por los pequeños. En tiempos del nacimiento de Jesús, los pastores no tenían la imagen bucólica que tienen en nuestros pesebres y en la poesía navideña. Eran más bien mal vistos por la gente porque desde el punto de vista religioso no eran demasiado practicantes y no tenían demasiados escrúpulos a la hora de sacar provecho de las situaciones. Eran, pues, gente que contaba poco socialmente, y formaban parte de los marginados, de los pobres a los que Dios había prometido por los profetas la Buena Nueva de la liberación, del perdón, de la salvación. Estos son los primeros en recibir el anuncio del nacimiento de Jesús, *el Mesías, el Salvador, el Señor.*

No había sitio para ellos en la posada. Y, ¿hay lugar para Jesús, María y José en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser? Hay lugar para Jesús en nuestra inteligencia y en nuestro corazón? Y, si lo hay, es bueno que en esta noche nos preguntamos qué lugar le ofrecemos, nosotros que como los *pastores* tenemos

nuestra historia personal y nuestras debilidades, pero que también como ellos hemos oído el anuncio del nacimiento. ¿Le ofrecemos acogida, a Jesús, como un hombre bueno, que defendió a los pobres y a los pequeños y fue condenado a muerte injustamente? ¿Le ofrecemos acogida como a un maestro de sabiduría que enseña a vivir armónicamente en nuestro interior y propone el camino del amor y de la fraternidad universal? ¿O como un maestro espiritual, un místico, que introduce por los caminos de la oración y nos acerca a Dios? ¿O bien, tal como proclamaba la segunda lectura, le ofrecemos lugar como al *gran Dios y Salvador nuestro*? Y, por tanto, como centro de nuestra vida y luz para nuestro camino. Sólo esta es completamente válida. Es esta respuesta la que nos permite comprender en profundidad al recién nacido y su mensaje futuro sobre el ser humano y sobre Dios. Es ésta la que nos permite penetrar con alegría y con agradecimiento el misterio de Navidad. La que nos permite vivir con esperanza, sabiendo que Dios está con nosotros y ama entrañablemente a la humanidad; sabiendo que nos da fuerzas cada día para que no nos cansemos de construir un mundo mejor en medio de las dificultades y las preocupaciones por la situación de la humanidad en tantos lugares del planeta. El reconocimiento de Jesús como gran Dios y Salvador nuestro es lo que nos lleva a arrodillarnos en adoración en el momento que en el Credo profesamos la Encarnación del Hijo de Dios.

No había sitio para ellos en la posada. Como tampoco encuentran lugar tantos que buscan refugio en Europa y en otros lugares. En cambio, si Jesús, María y José han encontrado en nosotros, si hemos acogido a Jesús y lo hemos puesto en el centro de nuestra vida, también debe haber lugar en nosotros para los pequeños y los pobres, para los que sufren lejos o cerca de nosotros. Esta acogida no puede ser sólo un recuerdo romántico en esta noche cargada de ternura. Debe ser un recuerdo efectivo, que se concrete en gestos eficaces. Por ello, también en esta noche santa os proponemos de colaborar, al final de la celebración, en una colecta a favor de Cáritas, que, mientras denuncia que en nuestro país la pobreza extrema se enquista, mientras acoge y ayuda a las personas más frágiles, en situación de pobreza o de precariedad, a nivel internacional colabora en beneficio de los refugiados y del desarrollo de los países más pobres.

No había sitio para ellos en la posada. Hagamos, en cambio, que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre en las entrañas de la virgen María, encuentre *lugar* en nuestro interior. Ahora se hará presente en el sacramento de la Eucaristía. Acojámoslo con la alegría y la fe de María y José, con la diligencia y la simplicidad de los pastores. Como ellos, glorifiquemos y alabemos a Dios por la realidad de la que somos testigos. Y, también como ellos, contemos a todos lo que hemos oído y creído sobre este niño (cf. Lc 2, 16-20) el Hijo de Dios hecho hombre, encarnado por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.